

GUAUGUAU Y SUS AMIGOS. Novela, por *Luis Durand*; Editorial Rapa-Nui; Santiago

Se amolda admirablemente el estilo sabroso, salpimentado y criollamente castizo, de Luis Durand, al tema narrado en *Guauguau y sus Amigos*. A despecho del título un «poco demasiado» infantil de esta novelita para niños, la acción de ella se desarrolla con tal fuerza y propiedad, que promueve en todo momento el interés de los grandes, y nos deja a la postre la sensación de haber leído una obra lograda aun más allá de los primordiales deseos del autor. Tiene solidez, y unidad, que, dentro de la fantasiosa ornamentación grotesca de sus capítulos, le dan clásica cualidad literaria.

Mas, con todo, este *Guauguau* de Luis Durand no es uno de esos perros heroicos, o sabios, o truhanes, que campean personificados en las fábulas e historias de tantos escritores notables; sino un puro perro infantil, bueno y sencillo. Y la ficción de esta novela es una natural ficción; una lógica función biológica: la de un doméstico can encadenado que anhela—como todo ser de la creación—y adquiere, la libertad. Y, lógicamente, como un ser inexperto y de buena índole, no sabe hacer uso de su conquista ni adaptar de buenas a primeras las pícaras necesidades de la vida, a la libre Naturaleza, que a su vez lo esclaviza y tiraniza. Ahí está el drama cómico que le da valer e interés general a la narración de esta novelita, escrita especialmente por el autor, para los niños, y publicada en tan gráfica y adecuada forma por la Editorial Rapa-Nui.

¿Qué importan, para los grandes, algunas pequeñas arbitrariedades y detalles contra el orden natural desperdigados por ahí, a lo lejos de las páginas? Para los niños, quizá sí importarían, dentro del convencional sentido educativo...; aunque quizá sean también un ágil incentivo para sus imaginaciones tiernas, esas pequeñas transgresiones, no a la verdad, sino a la miope

realidad. ¿Por qué Guaugau no podría ser un buen amigo de don Ratuso, por ejemplo? ¿Y por qué la naturaleza tiránica ha de prohibirle al alado chincolito que se pose y cante en las copas de los árboles, o a la lloica, que muestre la rosa de su herida desde lo alto de una rama?

Sin esfuerzo, sin proponérselo acaso, con sólo su buena voluntad y su cariño para los pequeños lectores, que en adelante serán sus admiradores, Luis Durand ha escrito uno de sus libros más amenos y más livianos.—GUILLERMO KOENENKAMP.



ROMEO SALINAS Y LA POESÍA CHINA

La aparición del segundo volumen de «Poesías de la Antigua China», verdadero motivo de orgullo para nuestras letras y para la literatura hispano-americana en general, ha venido a demostrar una vez más las extraordinarias cualidades de Romeo Salinas como traductor y poeta. Su primer volumen de poesías chinas, de contenido y presentación tan primorosos como el que le siguió, fué una sorpresa para nuestro público culto; él reveló todo un maravilloso mundo de belleza y de poesía apenas entrevisto; dándonos a conocer algunos magníficos exponentes de la constelación poética del Celeste Imperio: Li-tai-po, Tu-Fu, Tao-Chien, Po-chu-I y otros célebres clásicos cuya fama se extiende por todo Oriente. (Li-tai-po, llamado el Byron chino, es considerado por muchos como uno de los más grandes poetas del mundo). Estos y muchos otros poetas de la milenaria cultura china hallaron cabida en el libro que Romeo Salinas nos brindara como la mejor de las primicias en una bellísima edición: versos de rara sencillez, ajenos a toda pretensión, de corte perfecto y de belleza «quintaesenciada», como dijera Mario Osses en su prólogo, y luego Don David Perry en un interesante artículo publicado en esta revista, pletórico de jades, ámbares, dra-